

Los naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y la narrativa hispanoamericana

Enrique PUPO-WALKER
Center for Latin American and Iberian Studies
Vanderbilt University
Nashville, Tennessee, julio 5, 1988

Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ
«*La historia de América Latina es también
una suma de esfuerzos desmesurados...*»

Consideraciones preliminares

Por razones de peso, al lector informado podrían parecerle arbitrarias formulaciones que establecen una clara solución de continuidad entre la historiografía virreinal y la ficción americana producida a partir del siglo diecinueve¹. Sin entrar en otras consideraciones, sabemos que en nuestro amplio pasado colonial eran otros los marcos culturales y otros los hábitos mentales del escritor. Reconoceríamos, con igual facilidad, que mucho de lo que se escribió sobre América, en aquellos siglos, pertenece, en su estirpe, a un artesanado forense de redacción que hoy seguramente no equipararíamos con creaciones memorables². Pero si bien es cierto que para el lector actual muchos de esos documentos poseen una obvia caducidad expositiva, lo mismo no podría decirse de narraciones que contienen secuencias episódicas muy variadas y que a menudo inciden más allá de lo verificable. De hecho, los que señalo son textos que todavía inducen al curioso embeleso que siempre nos depara una escritura refinada,

¹ Cuestionamientos severos de los esquemas tradicionales de la historiografía literaria, han sido formulados por Paul de MAN en su importante estudio «Literary History and Literary Modernity» en *Blindness and Insight: Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*. (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983); y por Claudio GUILLEN, en «Las configuraciones históricas: historiología» en *Entre lo uno y lo diverso* (Barcelona, Ed. Crítica, 1985), pp. 362-432.

² Ejemplos múltiples de esas narraciones aparecen, por ejemplo, en la famosa *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía*. Vol. XIII, Ed. de Luis Torres Mendoza (Madrid, Imprenta de José María Pérez, 1870), pp. 318, 347, 463; así como en las *Relaciones geográficas de Indios-Perú*, III. ed. de Marcos JIMENEZ DE LA ESPADA (Madrid, B.A.E., 1965).

lo insólito o la revelación aguda que emana de lo nimio. Pienso que tales atributos, entre otros, justifican la perdurabilidad de textos, hoy célebres, como lo son: los *Naufragios* (1542) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, los *Comentarios Reales* (1609-1617) del Inca Garcilaso, o *El carnero* (1637) de Juan Rodríguez Freyle. Lógicamente, son esos rasgos diferenciales los que posibilitan las numerosas analogías que tantas veces se han propuesto entre esas narraciones tempranas y la ficción contemporánea³. Tal vez esas convergencias analógicas sean inevitables, pero a otro nivel corroboraremos que la recuperación de textos de otros siglos no está determinada exclusivamente por el contenido episódico o temático de los mismos, sino más bien por las formas en que una lectura actual asume el legado inherente a esos escritos⁴.

No sería desproporcionado añadir que pocas relaciones de nuestros siglos virreinales han mantenido la vigencia que hoy tienen los *Naufragios* en nuestra tradición narrativa. En muchos órdenes, la *Relación* del Alvar Núñez ha permanecido como hito referencial o como reserva, casi inagotable, de información y anécdotas espectaculares⁵. Es posible que ese hecho nos sorprenda, si a la vez confirmamos la sencillez expositiva de la

³ Tal vez uno de los casos más célebres y recientes de esas repetidas analogías aparece en el discurso de Gabriel GARCÍA MARQUEZ ante la Academia Sueca. Ver: *La soledad de América Latina* (Bogotá, Corp. Ed. Universitaria, 1983), pp. 3-29. Otros enlaces imaginativos de esa índole destacan en el estudio de Selma CALASANS RODRIGUEZ, «Cien años de soledad y las crónicas de la conquista», *Revista de la Universidad de México*, XXXVIII, núm. 23 (1983), pp. 13-16.

⁴ Véase, por ejemplo, el estudio de Roberto GONZALEZ ECHEVARRIA, «José Arrom, autor de la *Relación acerca de las antigüedades de los indios*: picaresca e historia», *Relecturas: estudios de literatura cubana* (Caracas, Monte Avila, 1976), pp. 17-35; y mi trabajo: «La historia como pretexto: formas de invención literaria en *El carnero*», en *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* (Madrid, Gredos, 1982), pp. 123-154; otro nivel analítico se revela en el estudio de Stephanie MERRIN, «Adriandne's Thread: Autobiography. History and Cortes *Segunda Carta-Relación*». *Dispositio XI*, núm. 28-29 (1987) pp. 57-84.

⁵ Los estudios siguientes, entre otros muchos, ofrecen prueba de ello: David BOST, «The *Naufragios* of Alvar Núñez Cabeza de Vaca: A Case of Historical Romance», *South Eastern Latinamericanist*, II, (1983), pp. 3-12; Robert LEWIS, «Los *Naufragios* de Alvar Núñez: historia y ficción», *Revista Iberoamericana*, núm. 120-121 (1982), pp. 681-694; Pedro LASTRA, «Espacios de Alvar Núñez; ver N. 2; Luisa PRANZETTI, «El naufragio come metafora», *Literatura d'America*, Vol. I, núm. 1 (1980), pp. 5-28; Antonio CARRENO, «*Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca: hacia una retórica de la crónica colonial» *Revista Iberoamericana*, núm. 140 (1987), pp. 501-516. Y en esa misma publicación y fecha mi estudio: «Pesquisas para una nueva lectura de los *Naufragios*» pp. 517-539. La bibliografía más extensa y comentada aparece en mi edición de los *Naufragios* que en breve publicará la *Editorial Castalia*. En esa edición se describe la evolución textual de los *Naufragios* y la organización formal del enunciado, así como sus vínculos con diversas tipologías narrativas.

narración y la visible impericia con que Núñez resuelve algunas de las transiciones que su texto le exigía ⁶. También es cierto que en sus escritos a veces resalta la observación ocasional o distraída ⁷. Además, en los últimos quince capítulos la sintaxis suele recurrir al acoplamiento apresurado que deriva en descripciones cacofónicas y en otros estorbos similares ⁸. Pero en su abono debemos reconocer que el agrado que hoy nos producen los *Naufragios* no reside exclusivamente en la presencia sutil del incidente fabulado, sino más bien en la capacidad que muestra el relator para aludir a lo que hubo de ilusorio y enigmático en aquel acontecer histórico. Núñez, como Herodoto y Plinio, supo recordar los hechos, las cosas menudas y también los vuelcos del azar. Dicho en otros términos, en los breves capítulos de ese afamado libro ya se insinúa el comienzo de una pluralidad de valores que ha venido a ser sello distintivo de nuestra realidad cultural. Creo que por ser así el texto de Cabeza de Vaca tiende a insertarse, con sorprendente naturalidad, en el espléndido proceso creativo que exhibe la narrativa de ficción hispanoamericana.

Debido a la amplitud temática que detectamos en la narración de Cabeza de Vaca, es factible relacionarla hoy con un extenso inventario de textos coetáneos y posteriores en los que se relatan, por ejemplo, los rigores del cautiverio, la navegación azarosa, aventuras muy variadas y materias etnográficas recogidas en innumerables relaciones históricas, así como en obras de creación. En la tradición literaria resaltarían en seguida las posibles relaciones entre los *Naufragios* y los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690) de Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700). Menos directos, pero importantes, son los vínculos que existen a nivel anecdótico entre el texto de Núñez y el *Pastor de Noche Buena* (1644) de Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659). En ese plano de relaciones confirmaremos otros nexos, no menos significativos, que enlazan los *Naufragios* con al-

⁶ La vigencia histórica y antropológica de los *Naufragios* se confirma en innumerables obras de gran difusión internacional. Sirvan por ejemplo: Francisco ESTEVE BARBA, *Historiografía de Indias* (Madrid, Gredos, 1966), pp. 237-240; Antonello GERBI, *La naturaleza de las Indias nuevas*. Trad. de Antonio Alatorre (México, Fondo de Cultura, 1978), pp. 273, 280, 301; Samuel ELLIOT MORISON, *The European Discory of America: The Southern Voyages 1492-1616* (New York, Oxford University Press, 1974), pp. 499-528.

⁷ Un ejemplo singularizado ocurre en esta descripción: «Entre estos [indios] ay una lengua que llaman a los hombres por mirá acá; arre acá.» (Cap. XXVI). Véanse también las secuencias descriptivas al comienzo de los Caps. XVII, XXII y XXV.

⁸ A ellas se ha referido la profesora Stephanie Merrim en un sugestivo estudio titulado: «Historia y escritura en las crónicas de Indias: ensayo de método», *Explicación de Textos Literarios* IX, núm. 2 (1981), pp. 193-200. Véase, además, mi estudio «Notas para la caracterización de un texto seminal: los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», que en breve publicará la *Nueva Revista de Filología Hispánica* del Colegio de México.

gunos relatos que aparecen en *El carnero* (1636) de Juan Rodríguez Freyle (1566-1640?). Al orientar así nuestras lecturas también reconocemos convergencias notables que sin duda conectan a la narración de Cabeza de Vaca con el *Cautiverio feliz* (c. 1650) de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1607-1682). Creo que el registro de esas posibles analogías desborda, con mucho, lo que puede elucidarse en estas notas. Con igual facilidad, y en el plano de las asociaciones más inmediatas, el texto de Núñez podría vincularse, en un extremo, con los episodios sobre naufragios que contienen, entre otros, los textos del Inca Garcilaso, Fernández de Oviedo y López de Gómara⁹; pero en un ámbito mucho más contiguo, la relación de Núñez también se articula con las famosas narraciones de Gabriel García Márquez tituladas: *Relato de un naufrago que estuvo diez días a la deriva en una balsa sin comer ni beber* (1970) y *El amor en los tiempos del cólera* (1985)¹⁰. Igualmente vividas son las asociaciones que se suscitan entre los *Naufragios* y las aventuras sobrecogedoras del ex esclavo Esteban Montejo que el escritor cubano Miguel Barnet reprodujo en *Biografía de un Cimarrón* (1966). Las alusiones de Montejo a sus vicisitudes de prófugo desnudo que, a duras penas sobrevive en los montes de Cuba, ciertamente evocan episodios que Núñez nos relata sobre su calamitosa vida en las costas del Golfo de México. En todo caso entiéndase, desde ahora, que si expongo con alguna minuciosidad ese complejo de relaciones textuales es porque en ellas se documenta, casi secretamente, la recepción que a lo largo de siglos ha tenido la obra de Cabeza de Vaca; y esa recepción es siempre una parte muy significativa de la historia de un texto.

Con una visión más holgada, también sería razonable asociar el texto de Alvar Núñez con otras variantes anteriores del discurso autobiográfico que se cultivó profusamente en la ficción y en la historiografía indiana durante los siglos XVI y XVII¹¹. En varias ocasiones he apuntado que la etnografía americana repetidamente toma en cuenta el extenso repertorio de noticias contenido en los *Naufragios*. Sabemos, a propósito, el interés que la *Relación* y testimonios de Núñez tuvieron para José Toribio de Benavente (?-1569), (Motolinía), así como para fray Bernardino de Sahagún (1500-1590). Con intereses muy similares el provincial de la Compañía

⁹ Quizá la instancia más notable es la narración en torno a «Mala Cosa», (Cap. XXII). Pero, en otros órdenes, no menos sugestiva es la relación interpolada que Núñez tomó de Esquivel (Cap. XVIII). En el contexto de relaciones temáticas véase el estudio de Lucía INVERNIZZI SANTA CRUZ «Naufragios e infortunios: Discurso que transforma fracasos en triunfos». *Dispositio*. XI (1986), pp. 99-112.

¹⁰ Esos puntos de afinidad temática los comento en el estudio preliminar de mi edición crítica y en el trabajo: «Pesquisas para...», núm. 5.

¹¹ Sobre otros puntos de afinidad con textos muy diversos véase: José Luis MARTINEZ, *Pasajeros de Indias* (Madrid, Alianza Universal, 1983), pp. 126-130.

de Jesús, Andrés Pérez de Ribas (1576-1655), incorporó lo narrado por Cabeza de Vaca a su conocida obra: *Páginas para la historia de Sinaloa y Sonora; triunfos de nuestra fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe* (1645), obra esa que, en su primer tomo, contiene una reproducción, ligeramente anotada, de los *Naufragios*¹².

Vistos en conjunto, los datos bibliográficos que documentan aproximaciones entre el texto de Núñez y otras obras son prolijos y de índole muy variada. Pero, en definitiva, lo que me interesa destacar aquí no es una secuencia cuantiosa de noticias y textos en las que se hacen referencias a las posibles filiaciones que esos escritos podrían tener con los *Naufragios*. Sabemos que esas compilaciones de datos bibliográficos tienen un valor relativo que no suele trascender la elemental faticidad de lo descrito. La excepción sería, claro está, aquellas instancias que confirman, por ejemplo, un hallazgo textual o relaciones inesperadas que se verifican entre el discurso historiográfico y la literatura de creación¹³.

Sobre otros planos de las relaciones textuales

Aparte de esos vínculos excepcionales y a veces fortuitos que he resumido en páginas anteriores, lo que me propongo aquí es registrar formas de interacción textual que ratifican, de otro modo, la vigencia funcional que ha tenido y puede tener el texto de Núñez. Me refiero ahora a los procesos de asimilación que suelen derivar en glosas enrevesadas, en la perifrasis o inclusive en redacciones muy dispares de un ligero matiz paródico. Algunas de esas imbricaciones las he señalado ya en mi edición crítica del texto. Pero lo que me interesa anticipar ahora es que, en el período republicano, el atractivo y significación de los *Naufragios* se vio con otros prismas históricos e ideológicos. En el siglo XIX el texto de Núñez coincidirá, por su contenido, con la añoranza romántica de nuestros orígenes; visión de carácter nostálgico que, desde un principio, trenzó la historia con el mito o con la ficción, y que con una perspectiva telúrica también intentó la codificación temática e ideológica de una «narrativa ame-

¹² Ver el importante estudio de Jacques LAFAYE: «Los milagros de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en Mesías, cruzadas, utopías: el judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas (México, Fondo de Cultura, 1984), pp. 65-84. El conocido hispanista francés documenta el impacto y trasunto polémico de los Naufragios en los siglos XVI y XVII.

¹³ Un libro que aporta numerosos hallazgos de ese tipo es el conocido estudio de Enrique de GANDIA, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana* (Madrid, Sociedad General Española de Librerías, 1928), pp. 49-55; y del mismo autor: *De la Torre del Oro a las Indias* (Buenos Aires, Ediciones Rosso, 1935), p. 128; en otros planos, un ejemplo interesante de esos enlaces inesperados se produce en la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*. Ed. de José J. ARROM, (Lima, Petro-Perú, 1982).

ricana» singularizada ¹⁴. Ese proyecto de recuperación, presente de tantas maneras en la literatura hispanoamericana de los siglos XIX y XX, se manifestaría, según lo veremos, en toda una serie de viajes y peregrinaciones imaginativas que intentaban el descubrimiento de una última realidad americana, casi siempre ignota y concebida en sus formas más elementales ¹⁵. Pero antes de insertarse en esas formas más recientes de la tradición narrativa hispanoamericana, los *Naufragios* aparecieron integrados en la urdimbre de textos que desde el siglo XIX hemos valorado como fundadores del rico discurso sincrético hispanoamericano.

En otra parte he apuntado la importancia que el cronista Fernández de Oviedo concedió a la *relación* que enviaron a la Audiencia de la Española, Cabeza de Vaca y sus acompañantes ¹⁶. Más que una reproducción del texto, lo que el hábil cronista nos dejó es una e intrincada glosa que a su vez nos revela la asimilación y hasta el sutil predominio que el texto de Núñez asume en esa porción de la *Historia general y natural* de Fernández de Oviedo. Aunque ya me he referido a los múltiples enlaces que existen entre los *Naufragios* y la *Relación* y comentarios que Oviedo publicó, me interesa destacar ahora, otros eslabonamientos que existen entre los textos de ambos relatores. Veremos que la glosa preparada por Oviedo es lo suficientemente rica en matices y traslaciones sustitutivas, como para que el cronista incorpore a su relación otras evocaciones literarias que el texto de Cabeza de Vaca le sugiere. En los últimos trozos del Cap. II, Libro XXXV, se relatan los patéticos incidentes de naufragios que produjeron la dispersión final del contingente que siguió a Narváez. Creo que nos interesaría ver cómo reconstruye Oviedo esa porción de los *Naufragios* (Cap. X). Reproduzco una sección relativamente extensa de ese capítulo para que veamos el proceso de elaboración que se pone en evidencia al cotejar la narración de Cabeza de Vaca con lo escrito por Oviedo.

E así le fue siguiendo obra de legua y media, e había tres días que no comían sino maíz crudo, e un puño dello por ración, no pudieron tener con la del gobernador, (la barca) que andaba más y era más ligera, e iba menos embarazada. Y el tesorero rogó al gobernador que le hiciese dar un cabo a su barca, y él dijo que no lo podía hacer:

¹⁴ Sobre ese tema, tan problematizado por nuestra historiografía literaria, véase el importante estudio de Carlos ALONSO, *Figures of Autochthony: The novela de la tierra* que en 1988 publicará Cambridge University Press.

¹⁵ Esa conceptualización subyace en la afamada *María* (1867) de Jorge ISAACS; en *Cumandá* (1879) de Juan LEON MERA; y con otro sesgo más complejo esa visión también reaparece en *Los pasos perdidos* (1953) de Alejo CARPENTIER, en *La casa verde* (1966) de Mario VARGAS LLOSA y en obras aún más recientes como lo es la antes citada: *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel GARCÍA MARQUEZ.

¹⁶ Ver «Pesquisas...», núm. 8.

que hiciese lo que pudiese, que no era tiempo de aguardar a nadie, sino que cada uno procurase de escapar la vida.

Y a continuación Oviedo añade:

No lo dijo así aquel memorable conde de Niebla, don Enrique de Guzmán, que por recoger a otros, recogiénolos en su barca, se hinchó de tantos que él y ellos se ahogaron en Gibraltar; pero el tesorero [Cabeza de Vaca] e los que iban con él, no le pedían a Narváez que los tomase en su barca, sino que les diese un cabo de cuerda para que su barca ayudase a andar a la otra: que ya si le diera, estaba en su mano soltarle cuando quisiera, conviniéndole (p. 294)¹⁷.

El que señalo, es un proceso de asimilación favorecido por la glosa y el circunloquio que, por sí solo, confirma el impacto de los textos de Núñez; pero el atractivo no radicaba en la efectividad literaria, como tal, de los *Naufragios* sino más bien en la riqueza analógica que la narración suscita. Es esa dimensión del texto la que se revela, sólo que con mayor sutileza, en el Cap. XLVI de la *Historia general de las Indias* de López de Gómara; excepto que al retomar los datos proporcionados por Núñez, el humanista, en este caso, concluirá su capítulo de una manera un tanto atropellada, añadiendo datos espectaculares y exagerando otros que se habían relatado discretamente en los *Naufragios*; es en ese trozo de la *Historia general...*, donde se alude a puntas de flechas, supuestamente talladas sobre esmeraldas, o a la existencia de tribus que bebían «vino» en exceso¹⁸. Esas tergiversaciones fácticas, dramatizadas en exceso por Gómara pueden cotejarse, sobre todo, con los cinco últimos capítulos de los *Naufragios*. Gómara no sólo altera, a su conveniencia, el orden de los hechos sino que, además, alude a otros que eran ajenos al relato y que se refieren veladamente a la biografía de Cortés, que él redactaba por aquellos días¹⁹. Veámoslo:

¹⁷ Los métodos, a veces caprichosos que Fernández de Oviedo utilizó al glosar textos de otros, los explica Demetrio RAMOS en su excelente estudio *Ximénez de Quesada cronista* (Sevilla, C.S.I.C., 1972). Cito por la Edición de Juan Pérez de Tudela (Madrid, B.A.E., 1959), 5 Vols., p. 294. Obsérvese que los hechos que el cronista glosa le conducen a la evocación literaria, como tal. En la nota 6, al pie de página, el cronista añade: «Joan de Mena en sus *Trescientas*, e su comentador en la copla CLIX e dende adelante...», p. 294. Se refiere Oviedo al *Laberinto de la fortuna* (1499). El comentarista no es otro que Hernán Núñez conocido en la historia literaria española, como el *comentador griego*. Sabemos que en la edición de 1582 el Brocense comentarista el texto de MENA. Ver: María Rosa Lida de Malkiel, *Juan de Mena poeta del Prerrenacimiento español* (México, Fondo de Cultura, 1950); *Juan de Mena: Laberinto de fortuna*. Ed. de José M. Blecua (Madrid, Clásicos Castellanos, 119, 1943).

¹⁸ Ed. de Jorge GURRIA LACROIX (Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979), p. 68.

¹⁹ Gómara redactó casi todos sus textos en Valladolid. *Ibidem*, p. XII.

De trescientos españoles que salieron en tierra cerca de la Florida con Narváez, pienso que no escaparon sino Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes de Béjar y Estebanico de Azamor, loro²⁰; los cuales anduvieron perdidos, desnudos y hambrientos nueve años y más por las tierras y gentes aquí nombradas, y por otras muchas; donde sanaron calenturientos, tullidos, mal heridos, y resucitaron un muerto, según ellos dijeron. Este Pánfilo de Narváez es a quien venció, prendió y sacó un ojo Fernando Cortés en Zempoallán de la Nueva España, como más largo se dirá en su crónica. Una morisca de Hornachos dijo que habría mal fin su flota, y que pocos escaparían de los que saliesen a la tierra donde él iba (p. 69).

Con otros propósitos, y basándose en datos y textos menos precisos, el misterioso Hidalgo de Elvas también reconstruyó, a su manera, y con recursos propios de la fabulación, hechos relacionados con las aventuras y tribulaciones de Núñez. En las secuencias, a veces lánguidas, de su *Relação verdadeira dos trabalhos...* (1557)²¹, el Hidalgo, siguiendo viejos hábitos historiográficos (Cap. II) describe —casi como si las escuchara— las conversaciones que Núñez mantuvo en España (probablemente en Madrid, Valladolid y Sevilla) con Hernando de Soto y con el marqués de Astorga, así como las que en Monzón sostuvo Cabeza de Vaca con Carlos I. Al confirmar esos datos, el Hidalgo se refiere de paso a una «relación» que Núñez traía consigo que bien pudo ser copia de la enviada a España, o acaso una redacción primaria del texto que en 1542 se publicaría en Zamora. Sin entrar en otros detalles, se nos da a entender que Cabeza de Vaca se negó a revelar algunas de las cosas más importantes que sabía sobre la Florida²². El Hidalgo añade que Núñez tuvo desavenencias con De Soto y también con parientes suyos que deseaban incorporarse a aquella nueva exploración de la Florida²³. Conviene tener presente que el Hidalgo indirectamente presenta a Cabeza de Vaca como hombre un tanto hurao, misterioso e impulsado por ambiciones desmesuradas²⁴.

²⁰ Loro: «adjetivo [utilizado en los siglos XVI y XVII para designar] personas de color amulatado. María MOLINER, *Diccionario de uso del español* (Madrid, Gredos, 1970).

²¹ El título de ese texto es: *Relação verdadeira dos trabalhos q' ho Governador don Fernando de Soto y certos fidalgos portugueses pasaron no descubrimiento da prouincia da Frolida* (sic). Ed. de Federico GAVAZZO PERRY VIDAL (Lisboa, Divisao de Publicaciones e Bibliotecas, 1940).

²² Esa deducción debió basarse en un dato y por lo menos una suposición. El dato es que Núñez quería dar informes directamente a Carlos I. Lo que imaginaron muchos es que el informe se relacionaba, de alguna manera, con la localización de las siete ciudades de Cibola. Núñez compareció ante el rey en Monzón probablemente en noviembre de 1538. Ver: Bishop, pp. 168-171.

²³ *Ibidem*, p. 170.

²⁴ Recuérdense que el Hidalgo de Elvas estuvo al servicio de Hernando de Soto. Es de esperar que al éste aludir a desavenencias entre Núñez y de Soto, el primero llevará la peor parte. *Ibidem*, pp. 169-170.

Algunos años después, al preparar su hermosa narración sobre la expedición de Hernando de Soto a la Florida, el Inca Garcilaso convocará un amplio caudal de noticias que sobre aquellos hechos le llegaron a través de testimonios orales y relaciones escritas. La suya será una narración avalada más por la gracia de su talento narrativo, que por el rigor de sus procedimientos historiográficos. Entre las fuentes que Garcilaso cita y comenta figuraba, en primer plano, los *Naufragios*. Es casi seguro que la edición que él conoció fuera la de 1555.

Hay instancias, según lo he confirmado en otras ocasiones, en las que la narración del Inca se aproxima visiblemente a la sencillez descriptiva que distingue al texto de Núñez. Este fragmento del Cap. X nos serviría para ilustrar la relación entre ambos textos.

A cabo destes quatro días nos tomó una tormenta que hizo perder la otra varca y por gran misericordia que Dios tuvo de nosotros no nos hundimos del todo, según el tiempo hazía, y con ser invierno y el frío muy grande y tantos días que padecíamos hambre, con los golpes que de la mar avíamos rescebido, otro día la gente comenzó a desmayar.

En *La Florida*, del Inca leemos:

Y, cuando pudieran hacer alguno, la vocería de la gente, que veía la muerte abajo, era tan grande que no les dejaba oírse; ni la oscuridad de la noche, que acrecienta las tormentas, daba lugar a que viesen lo que les convenía hacer; ni los que tenían algún ánimo y esfuerzo podían mandar, porque no había quien les obedeciese, que todo era llanto, grito, voces, alaridos y confusión. (I Cap. VII) ²⁵.

Pero una vez registrados esos ecos de los *Naufragios* en otras narraciones prominentes del siglo XVI, lo que nos interesa ahora es acceder a otra suerte de apreciaciones que pondrán de manifiesto relaciones, de índole más sutil y menos predecibles, que los *Naufragios* han mantenido con formas diversas de la creación literaria hispanoamericana. El tipo de lectura que sugiero a continuación podría extenderse casi ilimitadamente, pero habrá que reducirla aquí a valoraciones de orden primario que ilustro a partir de obras fundamentales. Si reflexionamos sobre el valor documental que poseía en 1540 el texto de Núñez, y el que posee hoy, concluiremos que el acontecer histórico y las transformaciones del entorno físico han producido una notable dispersión de significados que incrementa la inevitable indeterminación informativa de la obra.

Sabemos ya que los *Naufragios* aluden a contextos culturales y códigos lingüísticos hoy desaparecidos o transformados por el incesante avance colonizador. La geografía descrita por Núñez ha sufrido, desde enton-

²⁵ Cito por la edición de Carmelo SAENZ DE SANTA MARIA. *Obras completas del Inca Garcilaso* (Madrid, B.A.E., 1960).

ces, alteraciones que anulan puntos claves de referencia. A esas dificultades habría que añadir las mutaciones que inevitablemente sufre el objeto histórico al pasar por el tamiz de la escritura. También al considerar sus fuentes, concluiremos que el discurso logrado por Cabeza de Vaca (Caps. X-XXXV) viene a ser la contraposición sucesiva de contextos y significantes lingüísticos muy desiguales que en muchos casos no llegan a generar un significado preciso y coherente²⁶. Al considerar otros aspectos de la narración he indicado que, como otras relaciones producidas en el siglo XVI, los *Naufragios* es la que quizá se aproxima más a un acto de traducción cultural, aunque sin alcanzar, por supuesto, la magnitud que en ese orden exhiben los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso.

Necesariamente la de Núñez tuvo que ser traducción perifrástica, y gradualmente cada vez más distanciada de los hechos²⁷. Con ello quiero decir que cada nueva redacción —en su natural afán de perfectibilidad expositiva— implica un grado mayor de subordinación de los códigos lingüísticos indígenas a la escasa maleabilidad del castellano renacentista que poseía Núñez. De ahí, la creciente indeterminación informativa a que he aludido. Al leer los *Naufragios* con una óptica literaria hispanoamericana actual, el texto aparece como un relato dotado de una creciente latitud connotativa que no siempre puede definirse con la precisión deseada.

Pienso que el incremento de esa capacidad connotativa que el texto posee emana de redacciones que no pasaban de ser precarios borradores en los que se compensa el alto grado de excentricidad cultural que, por razones diferentes, nos comunican los *Naufragios*; excentricidad analógica, que se refiere tanto a la marginalidad radical de los contextos culturales descritos, como a las vivencias sin precedentes que experimentó el narrador. Es por ello que captamos —a partir del décimo capítulo— ese creciente residuo de indeterminación que el texto exhibe y que se ve equilibrado, en parte, por el creciente protagonismo que el narrador asume en el resto de la obra. Al percibirlo de ese modo, confirmamos, una vez más, la relación inestable que existe entre el simple diseño de la narración y los significados que se disuelven en sus páginas. Acaso es así porque el tex-

²⁶ Esta disolución del marco referencial se advierte al cotejar los estudios sobre la ruta de Cabeza de Vaca. Ver: Cleve HALLENBECK, *The Journey and Route of Alvar Núñez Cabeza de Vaca* (New York Kennikat Press, 1971), pp. 105-306.

²⁷ Es útil recordar que Núñez y sus acompañantes tuvieron que asimilar una variedad considerable de lenguas al cruzar las regiones hoy comprendidas entre el este de Texas y el área de Culiacán en Nueva España. En el Cap. XXXI Núñez confiesa: «Pasamos por gran número y diversidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos favoreció; porque preguntáuamos y respondían por señas, como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya.» Cito por la Edición de M. SERRANO Y SANZ de los *Naufragios y Comentarios* (Madrid Imprenta de Victoriano Suárez, 1906).

to propone la coexistencia de factores culturales irreconciliables, que apreciamos en el flujo de una narración taciturna que muchas veces queda reducida a sus instancias descriptivas más crudas y elementales. (Cap. XIII)²⁸ A mi entender esos rasgos que destacan en los *Naufragios*, confieren a la narración una inesperada modernidad que desmiente, casi por sí sola, muchas de las concepciones ingenuas que nuestra historiografía literaria ha formulado sobre el texto de Cabeza de Vaca. Diría, además que son esas características, entre otras, las que facilitan la inserción del texto de Núñez en la tradición narrativa hispanoamericana y en las corrientes de pensamiento que se consolidan al iniciarse la era republicana.

Reflejando orientaciones del pensamiento europeo, en Hispanoamérica se produjo a partir del siglo XIX un discurso centrado en la necesidad de redescubrimientos de lo «americano»; actividad que lateralmente se vio confirmada en los múltiples libros de viajes escritos por naturalistas, exploradores y escritores que recorrieron numerosas áreas del Nuevo Mundo. En general, eran libros voluminosos que se produjeron, sobre todo, a partir del siglo XVIII. Ese vasto conglomerado de textos tiene, por cierto, en el *Lazarillo de ciegos caminantes* (1773) de Alonso Carrio de la Vandra (1715-1778), un ejemplar admirable de la gestión redescubridora a la que se sumaron en el siglo XIX científicos y observadores de otras latitudes²⁹. A partir de esa tan disímil sucesión de textos, surgió, en Hispanoamérica, un discurso expositivo y de creación que aún nos incita a la exploración de lo fundamental de la cultura americana³⁰. En muchos órdenes la «Silva a la agricultura de la zona tórrida» (1826) de Andrés Bello (1781-1865), las odas de José María Heredia (1803-1839) tituladas «En el teocalli de Cholula» (1820) y «Al Niágara» (1825), así como la famosa *María* (1867) de Jorge Isaacs y el *Martín Fierro* (1872) de José Hernández (1834-1886), son creaciones fundamentales en las que se intenta una aproximación a las formas primordiales de lo americano. Uno de los resortes idóneos de esa penetración analítico-descriptiva de lo americano se revelará, por supuesto, en el viaje, entendido a la vez como acto de ins-

²⁸ Este singular comentario confirma lo que señalo: «y assi —nos dice Cabeza de Vaca en el Cap. XXXIII— les respondieron a la lengua de los christianos, y lo mismo hizieron saber a los otros por una lengua [traductor] que entre ellos auía con quien nos entendimos y aquellos que la vsan llamamos propriamente Primahaitu, *que es como dezir vascongados...*» (sic).

²⁹ El impacto considerable que tuvieron esos libros de viajes lo comenta Roberto GONZALEZ ECHEVARRIA en su libro *The Narrative of America* que en breve publicará Cambridge University Press.

³⁰ Es esa la orientación de numerosos ensayos de Arturo Uslar Pietri, *La otra América* (Madrid, Alianza Editorial, 1974); y de mayor alcance son, en ese contexto, las observaciones que hace Alejo CARPENTIER en su ensayo *Tientos y diferencias* (México, Universidad Nacional Autónoma, 1964).

pección objetiva y como representación alegórica; viajes que —siguiendo a distancia la casi alucinante experiencia de Cabeza de Vaca— emprendieron, aunque cada uno a su manera, Alonso Ramírez, Concolorcorvo, Facundo, Martín Fierro y el mismo don Segundo Sombra; este último ya bien entrado nuestro siglo. Pero al mencionar el famoso personaje de Ricardo Güiraldes (1886-1927), también tendríamos que recordar textos seminales de Horacio Quiroga (1878-1937) que se recopilaron en sus *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917) o que se difundieron en publicaciones periódicas. «A la deriva» y «El hijo», entre otros, son relatos en los que el viaje asume implicaciones culturales y metafóricas de notable amplitud.

Distingo ahora la suerte de viaje que con itinerarios modificados por contextos dispares, también emprenderían Santos Luzardo en *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos (1884-1969) y Arturo Cova en *La Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera (1888-1928). Pero al recordar esos textos básicos de la narrativa criollista habría que añadir que todo ese ciclo de narraciones que se remontan a las dimensiones primarias de lo americano se reescribe y asimila, con una perspectiva de mayor alcance, en *Los pasos perdidos* (1953) de Alejo Carpentier (1904-1984). Ciertamente son muy notables las diferencias que existen entre esa compleja novela y la escueta relación de Alvar Núñez. Sin más, observaremos que en *Los pasos perdidos* el protagonista encarna más bien una aspiración que una individualidad definida. Pero aunque así es, reconocemos —a otro nivel— una proyección autobiográfica que permanece como hebra central de la novela, y en la que el viaje —como en los *Naufragios*— se describe como un acto incesante de revelación. Tampoco puede ignorarse que en los *Naufragios* se narra un esfuerzo desesperado por retornar a lo conocido (Nueva España). No así, el protagonista de *Los pasos perdidos* inicia la búsqueda de una abstracción global y definitiva que sería el manantial recóndito de lo americano. Pero salvadas esas y otras diferencias, comprobaremos que la ambigüedad contextual —en lo que se refiere a la geografía— aproxima a ambos textos, aunque por razones muy diferentes. Más recientemente aún, Florentino Ariza en *El amor en los tiempos del cólera*, también inicia otra aventura que a su vez está condicionada por ecos de esas famosas novelas que he mencionado. Como se verá pues, es casi redundante insistir en que el tópico del viaje reaparecerá con señalada frecuencia, y con múltiples implicaciones en nuestra prolongada narrativa de ficción ³¹.

³¹ A pesar de su obvia importancia en las letras e historiografía americanas, no disponemos aún de un estudio que considere el motivo del viaje en toda su latitud histórica y metafórica. La reflexión de mayor alcance —partiendo de textos de Alejo CARPENTIER— la ofrece Roberto GONZALEZ ECHEVARRIA en su libro *The Pilgrim at Home* (Ithaca, New York, Cornell University Press, 1977), pp. 97-154.

Al producirse en la segunda mitad del siglo xx un discurso narrativo de mayor alcance cultural y complejidad formal, el viaje trascenderá, como era de esperarse, los escenarios rurales de América para incidir en valoraciones mucho más dilatadas de la cultura hispanoamericana. La trayectoria del fino mestizo de Coyoacán, que Alejo Carpentier describe en su magistral narración titulada *Concierto barroco* (1974), es representativa del proceso de amplificación a que me he referido. Pero observaremos que en esa novela, el itinerario ya es otro, tanto en tiempo como en espacio.

En vez de recorrer regiones de un mismo continente, el mestizo coyoacano, en compañía de su criado, viaja por espacios culturales diferenciados en los que se yuxtaponen cronologías identificables; excepto que todo el montaje de un rico legado europeo aparecerá supeditado a un último referente americano que el protagonista a la vez representa y disfruta. Así, al llegar el mestizo y su criado Filomeno al ruidoso y empobrecido Madrid de Goya, el narrador nos anticipa que aquel mexicano era «Nieto de gente nacida en algún lugar situado entre Colmenar de la Oreja y Villamanrique del Tajo y que, por lo mismo, había contado maravillas de los lugares dejados atrás; imaginábase el Amo que Madrid era otra cosa. Triste, deslucida y pobre le parecía esa ciudad, después de haber crecido entre las platas y tezontles de México»³².

Si valoráramos esos textos, en toda su plenitud, también sería preciso reconocer que la imaginación creativa y peregrinante que recorre sectores muy variados de la cultura y la ficción americana, se vio impulsada, desde el siglo xix, por una ensayística en la que persiste una exaltación desproporcionada de imágenes telúricas que afirman repetidamente la singularidad de lo americano³³. Los importantes ensayos de Andrés Bello sobre temas lingüísticos y culturales, el *Facundo* (1845) de Domingo F. Sarmiento (1811-1888), páginas memorables de José Martí (1853-1895), Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), Alfonso Reyes (1889-1959), Alejo Carpentier y Octavio Paz (1914-), entre otros, permanecen como sedimento fértil de una narrativa cuyo vuelo fabulador es hoy motivo de admiración y asombro para un vasto contingente internacional de lectores. En la narrativa reciente, quizá no encontraremos una obra que ejemplifique mejor ese profundo nivel itinerante de reflexión histórica y cultural que *Terra nostra* (1974), de Carlos Fuentes (1928-); novela que enlaza el trasunto mí-

³² (México, Siglo xxi, 1974), p. 27.

³³ Ese pensamiento en sus vertientes más tradicionales se elucida en el conocido libro de José J. ARROM, *Certidumbre de América* (Madrid, Editorial Gredos, 1971). Ese libro se vería complementado por el de Martín STABB, *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essays of Ideas 1890-1960* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1960).

tico y cultural de América con el acontecer histórico de buena parte del mundo occidental ³⁴.

Tomando en cuenta la magnitud de ese marco de referencias, es evidente que los *Naufragios* se ubican en el vértice primario de un discurso cultural de considerable riqueza; discurso que, con propósitos creativos o eruditos, una y otra vez nos remite al multifacético texto de Cabeza de Vaca. Pero entiéndase que no aludo ahora a un discurso cuyas inquisiciones se formulan para sustentar distinciones maniqueas o analogías fáciles de corte tradicional. Me refiero, más bien, a un enunciado que frecuentemente emana de otros sistemas de relaciones y que pone de relieve, por ejemplo, la naturaleza insumisa de su aparente referencialidad. La que exalto es esa inquietante hendedura que inevitablemente existe entre nuestro lenguaje y las realidades objetivas que quisiéramos describir. Ese tipo de fisura incómoda es la que se dramatiza en «El sur» de Jorge L. Borges (1899-1985), en «La noche bocarriba» de Julio Cortázar (1914-1984) o en *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes, y en tantas otras narraciones que se ubican en momentos muy diferentes del pasado americano. Es factible argüir que los *Naufragios*, como «Guayaquil» (1962) de Borges, *Pedro Páramo* (1954) de Juan Rulfo (1918-1987) o *Cien años de soledad* de García Márquez, nos remiten, en primer término, a codificaciones de la palabra escrita, pero en un segundo plano casi todos esos textos también nos trasladan a espacios culturales centrados en mitos, leyendas o en los avatares de la traducción.

En los *Naufragios*, como en esas obras de ficción, se hace referencia a sitios y a un acontecer que hoy tal vez sólo existe en la erudición libresca; conocimientos que pertenecen, casi en igualdad de condiciones, al testimonio, a la erudición histórica y la narrativa de creación. Para concretar en otros términos las relaciones que he propuesto entre el texto de Cabeza de Vaca y los textos de ficción a que he aludido, señalaría que muchos de los datos lingüísticos recogidos por Núñez, en los *Naufragios*, son casi tan sugestivos, endebles o susceptibles de estar errados como los que nos describe Jorge L. Borges en su famoso «Informe de Brodie» (1962). Se trata de un relato basado en el supuesto diario de un misionero que conoció la vida íntima de culturas primitivas en África. Como en el cuento de Borges, los *Naufragios* también nos transmiten ecos de creencias atávicas hoy desaparecidas u olvidadas ³⁵. Evidentemente el texto de Núñez es, en su

³⁴ Sobre el alcance del texto véase el estudio de Roberto GONZALEZ ECHEVARRIA, «*Terra Nostra: Theory and practice*» en *The Voice of the Masters: Writing and Authority in Modern Latin American Literature* (Austin, Texas University Press, 1985). Mediante un análisis de sesgo deconstructivo, González Echevarría analiza las formulaciones sobre la originalidad y la "singularidad", que se han aplicado a la literatura hispanoamericana y que en más de un sentido han servido como limitantes ataduras para la actividad crítica, pp. 8-32.

³⁵ *El informe de Brodie* (Buenos Aires, Emece, 1972), pp. 132-151.

base, una relación informativa de experiencias y sitios que él conoció, pero esa realidad, como antes lo he subrayado, se transforma gradualmente en los remedios de evocaciones que le imponían las reescrituras sucesivas que sufrió su texto.

Conclusión

Al incorporar los *Naufragios* a una perspectiva literaria hispanoamericana, ese breve texto se insinúa, ante todo, como narración que retiene un importante valor testimonial. El de Núñez es un enunciado en el que aún nos seduce la fuerza elemental de su materia anecdótica y la crudeza narrativa con que se encaran lo paradójico y hasta lo desconocido. Pero más que una insólita odisea de prodigios y desventuras memorables, los *Naufragios* son —para la tradición literaria hispanoamericana— una inconclusa aventura narrativa concebida, no sólo para acrecentar hazañas, sino además para afrontar un proceso de adquisiciones y pérdidas que, en buena proposición, se disuelven en el flujo siempre indefinido de sus páginas. Por último vale la pena repetir que en la escritura de Núñez se dramatiza de muchas maneras la acción primigenia de nombrar lo desconocido. Acción nominal que abarca tanto la materialidad equívoca de los hechos evocados, como el registro de vivencias que esos acontecimientos produjeron. Como todo texto poseedor de una considerable latitud semántica, los *Naufragios* no pueden inscribirse en clasificaciones y tipologías que serían ajenas a la constitución siempre plural de hechura. A partir de esa observación también podríamos deducir que la narración de Cabeza de Vaca es una forma seminal de los descubrimientos y redescubrimientos que desde el siglo XVI han consumado textos del Inca Garcilaso, Sarmiento, Pablo Neruda, Alejo Carpentier y García Márquez. Pero, desde una perspectiva centrada en nuestra tradición cultural, los *Naufragios* son, además, —y acaso con mayor intensidad— la expresión primigenia, en las letras americanas, de la soledad, el exilio y de las vicisitudes imprevistas que siempre conlleva la recuperación de un pasado que depuran nuestros olvidos³⁶.

³⁶ En el caso de los *Naufragios*, como en el de otros textos célebres que relatan los primeros descubrimientos, son frecuentes las lecturas que contraponen los posibles objetivos de la palabra escrita. Así, se ignoran o se escinden, arbitrariamente, las producciones del *ecrevain* y el *ecrevant* de que nos habló Roland Barthes. Creo que en parte ha sido así —sobre todo en el caso de los *Naufragios*— porque el lector contemporáneo no se ha interesado principalmente en la verificación fáctica de una realidad desconocida. Quizá lo que más nos interesa hoy son los recursos expresivos que el narrador utiliza al insertar una materialidad histórica sin precedentes en los convencionalismos escriturales. En esa suerte de análisis cabe indagar, por supuesto, hasta qué punto lo descrito es una representación de discursos a la vez que de contextos objetivos.